

POEMA

Para José Canal, buen amigo y estupendo poeta

Está muriendo un hombre
lentamente. sencillo

M. C. R.

Aquel árbol no crecerá de nuevo.
No tendrá ramas, hojas
verdes, donde mirar,
buscando la paz o la esperanza.
No valdrá para que los mendigos
que recorren la tierra,
hagan un alto en su camino,
Solo será desolación. Ahí,
erguido (porque aún le queda orgullo)
y seco; tronco tan solo, oscuro;
será olvidado por todos y las generaciones
que vengan
no sabrán de su obra en otro tiempo.
No tendrá historiador para que narre
su vida sedentaria.
Nada.
Será tan solo uno de tantos,
que pasa inadvertido
por el mundo.

Moises CAYETANO

EN VOZ ALTA

PENSANDO EN UN FRECUENTE ADJETIVO



ESDE que soy niño, durante toda mi vida, estoy leyendo y oyendo un adjetivo aplicado frecuentemente a nuestra región. Y vengo aceptándolo con humildad y paciencia, sin pararme a pensar en el origen, motivo o fundamento que pueda tener. Me refiero al adjetivo *parda*. ¿Quién no ha leído y lee una y mil veces lo de *la parda Extremadura*? Son archiconocidos los famosos versos de Luis Chamizo:

«Porque semos asina, semos pardos,
del coló de la tierra,
los nietos de los machos que otros días
triumfaron en América».

Ni tengo nada en contra del gran vate ni pretendo criticar su excelente poesía. Únicamente aduzco una muestra entre mil. Unir el adjetivo *parda* a Extremadura, en su terminación femenina, es cosa frecuentísima. Yo mismo lo he hecho. sin que pueda decir cuantas veces. Pero hoy, ya maduro, me he impuesto la tarea de reflexionar sobre el origen, fundamento y uso del adjetivo *parda*.

Un diccionario dice que *parda* es «de color moreno más o menos oscuro». Otro: «Del color de la tierra, gris oscuro con tinte rojo amarillento». Y añade como ejemplos: «Oscuro, cielo *parda*, nubes *pardas*».

Que cuadren bien estas definiciones a toda una región es, a mi juicio, tema amplio de seria meditación. El estudioso que tome en sus manos el tomo tercero de la «Historia de la Iglesia» de la B.A.C., del que son autores los Padres Ricardo García Villoslada y Bernardino Llorca, S. I., puede leer en la página 60; «Dejando a un lado otras cuestiones de menor importancia, terminaremos diciendo

que el concilio de Vienne condenó los errores de los begardos y de las beguinas. Era común entonces entender por begardos y beguinas a todos aquellos hombres y mujeres que, sin pertenecer a ninguna orden monástica, hacían profesión de vida religiosa». Y a la nota 113 de la misma página pertenecen estas palabras: «Parece ser que el nombre les vino del hábito pardo que llevaban; beges en antiguo francés significaba gris oscuro».

He aquí una explicación clara de una cuestión histórica. También yo quisiera claridad y cultura para el tema que me preocupa. ¿De dónde le ha venido a Extremadura lo de parda? ¿Es de su paisaje? ¿Es de su ambiente? ¿Es de su cielo? ¿Es, acaso, de todo un conjunto difícil de apresar y de expresar con fórmulas claras?

Aunque yo no soy lo que suele entenderse por un pensador profesional, la razón que Dios me ha dado me dice que no todos los paisajes y ambientes de Extremadura son pardos y que también a otras regiones españolas podría aplicarse este mismo adjetivo, que la nuestra parece acaparar, como si se tratase de un traje muy cómodo y usado o de un anillo que encaja perfectamente en el dedo.

No me he propuesto yo escribir mis «Confesiones». Pero entiendo que, a mis años, sería por lo menos necio si no tratara de imitar la sinceridad enorme que puso el Obispo de Hipona en sus inmortales páginas. ¿La parda Extremadura es lo mismo que la triste Extremadura? ¿Tienen alguna afinidad o parentesco lo pardo y lo triste? ¿Es alegre, triste o indiferente — según sensibilidades — el color pardo? ¿Por qué hemos aplicado y aplicamos tantas veces — lo mismo poetas — este vulgar adjetivo a nuestra extensa región? ¿Nos hemos dejado y nos dejamos llevar de la fuerza de la costumbre o nos apoyamos en algo que nos enaltece — dándonos honra y prestigio — al escribir parda? ¿Habrá sido, por fin, este adjetivo una especie de sambenito que no sabe quién nos puso y que luego la rutina ató nuestras manos para quitárnoslo?

¡Ah! No puedo yo, en verdad, contestar a mis propias preguntas. Pero sí diré que, efectivamente, para mí la parda Extremadura ha sido muchas veces la triste Extremadura. O la Extremadura de la tristeza. Me gustaría que la Extremadura del futuro, la del porvenir, la que hagan otras generaciones, tuviera, además del pardo, otros colores claros. Que los hay o puede haberlos. Y que la nueva generación, con esos otros colores, hiciera, hablara, escribiera y pintara de Extremadura. Lo cual no sería ir en contra de la tradición sino ensayar odres nuevos para el viejo vino.

Llego al final de estas líneas con la esperanza de haberme expli-

cado y hecho comprender. Y aunque no he escrito más que un modesto artículo y no una obra de enjundia, me parece muy oportuno terminar con unas frases que escribe Fray Luis Arias al final de su «Introducción» al «Tratado sobre la Santísima Trinidad», editado por la B. A. C. Son éstas: «Someto gustoso mi trabajo al fallo de un lector sabio y ponderado, pues su juicio es benévolo; prefiriendo la crítica del que corrige con amor y verdad a la lisonja del que ensalza y loa el error».

Palabras llenas de humildad y buen sentido que yo quiero aplicarme por si alguien, con más talento, cultura y méritos que los escasísimos míos — si acaso poseo algunos — tuviera la caridad de corregirme y escribir algo mejor y más definitivo que unas intimidades o pensamientos en voz alta.

Vicente GONZALEZ RAMOS

